

CHILE Y LA SEGURIDAD REGIONAL

Miguel Ángel Vergara Villalobos *
Almirante

En primer término, quiero felicitar al Centro de Estudios para el Desarrollo (C.E.D.) por su interés por debatir, en la libertad que ofrece el ámbito académico, temas tan cruciales como el de la Seguridad, en un mundo globalizado. A la vez, agradezco que se me haya invitado a exponer mis puntos de vista, puesto que, como lo veremos, la Seguridad necesariamente debe ser abordada desde una perspectiva interdisciplinaria, entre civiles y militares, políticos y académicos.

Introducción.

La realidad regional, centrándonos en los últimos diez años, en que la globalización ha irrumpido con fuerza, muestra que la situación de Seguridad de los países de la región ha sido muy cambiante. Desde ya, no existe una estructura eficaz de Seguridad, excepto las ocasionales reuniones de Ministros de Defensa. Tampoco existe una política regional en esta materia formalmente explicitada; la única directriz sería el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), que está obsoleto, pues obedece a categorías propias de la Guerra Fría. Lo concreto es que ha sido difícil elaborar una estrategia para abordar la Seguridad, simplemente porque no hay un diagnóstico común respecto de las amenazas por neutralizar, ni menos en cuanto al rol de las FF.AA. en estas tareas.

Desde una perspectiva académica, todos los países de la región coincidimos en el listado de lo que se denominan “nuevas amenazas” a la Seguridad, entre las que destacan el terrorismo, el narcotráfico, la inmigración ilegal, el tráfico de armas, etc. Sin embargo, a la hora de intentar concretar una Política de Seguridad, aparecen profundas discrepancias respecto de la intensidad con que aquellas amenazas nos afectan y, sobre todo, en cuanto a la forma de neutralizarlas. Además, en muchos países el empleo de las FF.AA. en estas tareas produce inquietudes y despierta suspicacias y temores, porque rememoran los gobiernos militares latinoamericanos del período de la Guerra Fría.

Por otra parte, muchos países han evidenciado tener políticas más bien variables frente al fenómeno de la globalización, dudando si subirse a este carro, o bien, intentar detenerlo o eludirlo, en la medida de sus capacidades. En pocos años todo ha cambiado: la orientación económica, el compromiso con la integración y la superación de los nacionalismos provincianos. Es más, dentro de los próximos años esto puede cambiar nuevamente, en cualquier dirección; para mejor o para peor. Eso es lo que muestra la radiografía de nuestra región, teniendo en cuenta únicamente los últimos diez años, período en que el mundo se ha ido globalizando en forma vertiginosa.

A nuestro juicio, la inestabilidad regional no se debe tanto a causas propiamente económicas sino más bien a causas políticas. Se trata de sociedades que no han encontrado la forma de gobernarse a sí mismas con eficiencia y esto las hace avanzar y retroceder en forma intermitente, en busca de acuerdos sociales que no logran concretar.

En concreto, postulamos que la conservación y restauración de la Seguridad en Latinoamérica, más que un problema de neutralizar amenazas externas, es un problema de “gobernabilidad” y “buen gobierno” y, por lo tanto, un problema esencialmente político. Los Estados de la región no se

encuentran amenazados militarmente por sus vecinos, sino que los riesgos y amenazas a su Seguridad provienen principalmente desde su interior y se originan en la incapacidad de sus gobiernos para dar satisfacción a las necesidades de su gente. Esta incapacidad reside no sólo en el déficit de liderazgo de la clase política, sino también en un bajo nivel de educación de muchos segmentos de la ciudadanía. Esto desemboca en una falta de disposición de las respectivas sociedades para comprender y aceptar el cambio cultural y político requerido para integrarse a la modernidad y la globalización.

Factores de la seguridad.

En este contexto, creemos que la situación de Seguridad en cada país se moverá según los vaivenes de la interacción de tres factores:

- la calidad y moralidad de los liderazgos políticos nacionales;
- el nivel cultural y la disposición de las sociedades para aceptar el cambio; y
- las condiciones políticas, socio-económicas y de seguridad preexistentes en cada caso.

Los efectos de la combinación cambiante de estos elementos configurarán riesgos y amenazas que serán percibidas y enfrentadas en forma diferente por los Estados de la región, configurando situaciones de Seguridad Hemisférica que no tendrán diagnósticos ni soluciones únicas ni compartidas.

La Seguridad de Chile será el resultado de una apreciación continua y ágil de la situación, que permita diseñar una Política de Seguridad flexible y proactiva, materializada mediante acciones ágiles y oportunas.

Para fundamentar lo señalado seguiré una secuencia que se inicia con una síntesis de los diagnósticos más comunes de la situación de Seguridad regional; continuaré con un análisis de esos diagnósticos, identificando como falencia clave la suposición subyacente de que todos los Estados quieren y pueden ser partes de la modernidad; identificaré el que se estima el problema real, y finalizaré con algunas reflexiones respecto al futuro de la Seguridad regional y de Chile.

Antes debemos decir una palabra sobre los EE.UU. Naturalmente, siendo ese país la potencia hegemónica del mundo, en lo económico y militar, mal podríamos dejar de considerarlo en un esquema de Seguridad Hemisférica. Sin su visto bueno y participación, ninguna política hemisférica podría operar. No obstante, siendo su rol tan incontrastable y asimétrico en cuanto a poderío e intereses internacionales, hemos preferido marginarlo de este análisis, centrándonos en la Seguridad regional y, más específicamente, en la Seguridad en el ámbito Sudamericano.

Diagnóstico de seguridad.

Los diagnósticos respecto a la seguridad y estabilidad regional se pueden clasificar en tres tipos generales:

- Los Pacifistas, que sostienen que la confrontación sólo puede acarrear muerte, destrucción, derroche de recursos materiales y humanos, y la eventual resurrección del militarismo. Según esta argumentación, lo único válido sería incrementar la cooperación multilateral y la coordinación de los esfuerzos políticos tendientes a potenciar la autoridad y capacidad resolutive de los Organismos Internacionales. Esto, a nuestro juicio, parece difícil sin el respaldo de la Fuerza que es, precisamente, lo que se quiere evitar.
- Los Radicales, que se centran prioritariamente en lo que denominan la “Seguridad Humana”, la que sólo podría ser resguardada mediante el ataque a las raíces de los problemas socio-económicos que aquejan a las personas, tales como la pobreza, las enfermedades, la sobrepoblación y la falta de oportunidades. Siendo estos problemas principalmente internos de los países, la cooperación y la coordinación de Seguridad Internacional no serían relevantes, más todavía cuando podría incentivar la “militarización” de la Seguridad, que a juicio de los radicales es la principal amenaza a la Seguridad de las personas.

- Finalmente, están *los Integrales* que creen que la seguridad y estabilidad sólo puede alcanzarse mediante una combinación de esfuerzos políticos, económicos, psico-sociales y militares, apuntados a resolver simultáneamente los problemas socio-económicos de los Estados y, a la vez, enfrentar las situaciones de inseguridad de las personas. Este grupo también sostiene que, debido a la permeabilidad de las fronteras y a la existencia de vastas áreas ajenas al control de los Estados, la seguridad y la estabilidad sólo pueden obtenerse a partir de una potente relación cooperativa entre los países.

La experiencia parece señalar que, en general, esta tercera forma de apreciar el problema es la más cercana a la realidad y la que suscita mayor aceptación entre los estudiosos de la seguridad regional.¹ La consecuencia de esta aproximación es entender La Seguridad como un problema en el que coexisten aspectos políticos, sociales, económicos y militares, y que siendo problemas originalmente nacionales, sus efectos favorecen o no la seguridad de las personas y la Seguridad Internacional. Es decir, la “Seguridad Humana” y la “Seguridad Hemisférica” dependerían fuertemente de la Seguridad Nacional de cada uno de los países de la región.

Esta lógica choca con estructuras mentales que, primero, rehúsan asignar un rol importante a las fuerzas de seguridad e intentan rehuir el aspecto militar del problema; segundo, priorizan la

soberanía nacional por sobre toda otra consideración; y tercero, no valorizan en toda su dimensión la urgente necesidad de crear instituciones y hábitos políticos modernos y eficientes. La primera actitud deriva directamente de la experiencia político-militar regional de la Guerra Fría; la segunda, de la combinación de la ideología nacionalista propia del nacimiento y consolidación de los Estados, sumado a la experiencia de las intervenciones norteamericanas en la región; y la tercera es el resultado de la supervivencia de estructuras sociales arcaicas.

La “Violencia Antidemocrática”.

Si bien el diagnóstico de Seguridad por parte de quienes hemos denominado “los integrales”, parece académicamente acertado, la situación se complica cuando intentamos *identificar con nombre y apellido una amenaza regional común*, lo suficientemente poderosa como para establecer una relación de *objetivos, medios y estrategia*. A nuestro entender, establecer esta relación es fundamental si queremos avanzar hacia una solución colectiva del problema de la Seguridad regional.

Postulamos que las amenazas regionales actuales podemos englobarlas dentro de la expresión “violencia interna”, que deriva de los conflictos intra-estatales originados durante la segunda mitad del siglo XX. Esta forma de violencia aún cuenta con algún grado de legitimidad en algunos sectores políticos regionales y europeos, pues se la asocia con idealistas acciones revolucionarias que buscaron el cambio político por la Fuerza, durante la Guerra Fría. Su paradigma, la revolución Castrista, aún suscita nostalgias que se reflejan en cierto grado de simpatía hacia causas tan evidentemente criminales como el narcoterrorismo de las FARC en Colombia.

En la actualidad, la violencia asimétrica empleada sistemáticamente como recurso estratégico, ha incrementado la eficiencia y potencia del terrorismo. La capacidad de los insurgentes para producir daños e interrumpir la vida normal de la ciudadanía se ha incrementado exponencialmente gracias a la tecnología y la globalización, lo que facilita a los disidentes la ejecución de acciones tendientes a imponer, por el miedo, sus valores y su poder sobre los ciudadanos comunes. El reciente resultado electoral en España, inmediatamente después del atentado terrorista del 11 de Marzo del 2004, podría sugerir que estas acciones tienen incluso la capacidad de alterar el resultado de los procesos políticos propios de una democracia.

Según cual sea nuestra valoración de los motivos de quienes recurren a la violencia asimétrica, estaríamos frente a *luchadores por la libertad* o ante *terroristas* enemigos de ella. Esta valoración es subjetiva y cambiante, según las veleidades y conveniencias políticas.

En este esquema, podríamos identificar la amenaza regional actual, más propiamente, como *violencia antidemocrática*. A nuestro juicio, en estos días, los mayores usuarios de la violencia antidemocrática, los narcotraficantes, los terroristas ideológicos, los traficantes de armas y el crimen organizado internacional, no tienen una agenda política legítima, y deberían ser rechazados por todos los sectores.

Estrategia contra la “Violencia Antidemocrática”.

Cuando se avanza hacia la identificación de los parámetros que determinan las posibles estrategias para enfrentar esta violencia antidemocrática, podemos apreciar que existe consenso en que la amenaza ataca a los gobiernos en tres frentes simultáneamente. En primer término, produce un gradual efecto corrosivo que va minando las bases de la institucionalidad democrática, afectando seriamente la seguridad de las personas. Además, va incubándose un creciente cuestionamiento respecto de la legitimidad del gobierno, ante la percepción de su incapacidad para neutralizar la amenaza. Finalmente, los efectos de la violencia se proyectan hacia los vecinos y hacia otros Estados, confirmando que el gobierno no es capaz de ejercer soberanía efectiva sobre su territorio.

De esa forma, la *violencia antidemocrática* puede llevar al colapso de los gobiernos, facilitando las soluciones de fuerza. Para romper este círculo vicioso, debe tenerse en cuenta que la inestabilidad y la violencia antidemocrática constituyen la punta del “iceberg” de la amenaza. Las “raíces causales” de la inestabilidad -pobreza, enfermedades, corrupción- constituyen su línea de flotación. Y el populismo y la “incapacidad o apatía” de los gobiernos para adoptar y llevar a la práctica políticas eficaces, representan la parte sumergida del mismo.

Las estrategias propuestas para enfrentar este círculo vicioso, consideran los siguientes elementos para elaborar una Política de Seguridad Nacional que, como vimos, contribuiría a la Seguridad Humana y a la Seguridad Regional. Primero, reconocimiento oportuno y cabal de que existe un problema de estabilidad y seguridad. Segundo, capacidad para proponer y conseguir la aceptación ciudadana de las políticas necesarias para resolver efectivamente los problemas sociales y económicos en sus raíces. Tercero, aplicación de medidas “duras” (militares) y “blandas” (políticas) contra los insurgentes, independientemente de la etiqueta con que se cubran; medidas que siempre deben enmarcarse en la legalidad y en el respeto a la dignidad de las personas. Y, cuarto, una clara condena internacional al terrorismo, venga de donde venga y ocurra donde ocurra; no puede haber matices ni silencios cómplices y nadie debe tolerar ni amparar a los ejecutores, a los colaboradores, o a los financistas de estos actos de barbarie.

Crítica a la estrategia Anti “Violencia Democrática”.

La estrategia anterior, parte de la base que “las medidas para atacar los problemas sociales y económicos en sus raíces”, es decir el tipo de políticas por aplicar, son compartidas por todos los gobiernos y aceptadas por las respectivas sociedades. No obstante, no siempre es así, ya que, como lo apreciamos al revisar la situación, *en la región no todas las sociedades quieren la modernidad*; ni todos creen que el gobierno liberal-democrático sea sinónimo de buen gobierno; y muchos estiman que no toda violencia armada es moralmente repudiable.

Desde ya, en la región existen grupos que intentan marginarse de la globalización y tratan de desarrollar sus sociedades mediante la reinención de la estructura social y económica aborígen. Importantes sectores sociales y políticos piensan que el modelo de desarrollo económico liberal no es viable; quizás la incapacidad de sucesivos gobiernos democráticos para dar respuesta a los problemas de corrupción, violencia, pobreza y desigualdad, llevaron a la población a desarrollar crecientes sentimientos antipolíticos y antiglobalización, que abriendo la puerta a la manipulación de un actor autoritario, han dado origen a regímenes populistas que se dirigen en sentido contrario a lo que recomienda la experiencia política y económica mundial.

Por otra parte, hay países que intentan implantar una economía liberal para ser parte de la globalización económica y beneficiarse de ella, mientras simultáneamente mantienen estructuras sociales tradicionales que permiten conservar sus privilegios a las minorías que controlan el poder.

A lo anterior se une un creciente activismo radical internacional, como el impulsado por el ex Presidente Carter, que ha decidido respaldar las causas del indigenismo, apoyando movimientos que constituyen amenazas de muerte al concepto republicano mismo, al asignar a los ciudadanos derechos y deberes diferenciados según su etnia o raza.

Estas realidades nos sugieren que los diagnósticos sobre las causas de las “raíces de los problemas”, los objetivos de los gobiernos y sus posibles estrategias para solucionar la inestabilidad y la violencia, son diferenciados y de naturaleza subjetiva. Se trata de opciones políticas, y por consiguiente debatibles y mutantes. En este sentido, es fundamental la disposición de los gobiernos y de las respectivas sociedades nacionales, para emprender caminos de eficiencia y modernidad, o refugiarse en un populismo vociferante. Una mirada desapasionada al entorno latinoamericano muestra que muchas sociedades no desean cambios; otras han optado por cambios parciales incompatibles entre sí; y otras quisieran directamente retromarchar hacia el pasado, un pasado que idealizado, parece contener todas las respuestas y soluciones para alcanzar la felicidad.

En estas condiciones es difícil juzgar si “las medidas necesarias para atacar los problemas sociales y económicos en sus raíces”, conducen a resultados ineficientes por falta de voluntad, o incapacidad de los gobiernos; o bien son producto de una colusión con las fuerzas antidemocráticas. Este aspecto es central y a nuestro juicio es el origen de la incapacidad regional para acordar la identidad de las amenazas y la forma de enfrentarlas. Lo peor es que este dilema continuará vigente en el futuro próximo.

Factores de éxito.

Landes, en su obra “La Riqueza y la Pobreza de las Naciones”,² identifica siete factores que a su juicio hacen la diferencia entre las naciones que prosperan y las que continúan en la pobreza. Ellas son coincidentes con nuestra experiencia nacional y parecen tener mucho sentido; a continuación las enuncio:

- Asegurar el derecho de propiedad privada, para estimular el ahorro y la inversión.
- Asegurar los derechos de las personas, protegiéndolas de los abusos, tanto del gobierno como del desorden privado (crimen y corrupción).
- Hacer cumplir los contratos, tanto explícitos como implícitos.
- Tener gobiernos estables, no necesariamente democráticos, pero que gobiernen bajo reglas públicamente conocidas. Gobiernos de leyes y no de personas. Si se trata de gobiernos democráticos, que los ganadores respeten los derechos de los perdedores y que éstos esperen su nueva oportunidad en las urnas.
- Tener gobiernos que den respuestas a las demandas de las personas y sean capaces de enmendar rumbos.
- Tener gobiernos honestos para asegurar que los actores económicos no busquen ventajas y privilegios dentro o fuera del mercado. No debe haber ganancias debidas a contactos ni favores.
- Tener gobiernos moderados, eficientes y no codiciosos. El efecto sería mantener bajos los impuestos, reducir la expropiación gubernamental de las ganancias y evitar los favoritismos.

Este listado de factores podría ser descalificado como una propuesta ideológica más. Sin embargo, en lo general es coincidente con lo señalado por la sabiduría más antigua, como lo recordaba Su Santidad el Papa, en su catequesis del día 4 de febrero recién pasado, dedicada al Salmo 14: “¿Quién es digno de estar ante el Señor?”. En esa ocasión, el Papa nos recordaba que a diferencia de otras culturas religiosas, en las cuales para ser admitidos ante la Divinidad se exige sobre todo pureza

de ritual exterior, el Salmo 14 exige la purificación de la propia conciencia. El Salmista impone al fiel 11 condiciones para poder participar en la comunión con Dios, tres de orden general, tres de relaciones con el prójimo, dos del ámbito social y tres de conciencia.

Las tres primeras, de orden general, son la integridad moral; la práctica de la justicia; y la sinceridad. Las tres de relaciones con el prójimo son, según precisó el Papa, eliminar la calumnia del lenguaje; evitar cualquier acción que pueda dañar al hermano; y frenar los insultos contra quienes viven a nuestro lado a diario. Las dos del ámbito social son el desprecio al malvado; y honrar a quienes temen a Dios. Finalmente, las tres de conciencia son ser fieles a la palabra dada, al juramento, aún en el caso que nos reporte consecuencias dañosas; no practicar la usura, plaga que en nuestros días sigue siendo una infame realidad capaz de estrangular la vida de muchas personas; y evitar la corrupción en la vida pública, compromiso que hay que practicar con rigor en nuestro tiempo. El cumplimiento de estas 11 condiciones, a decir del Papa, las tiene Dios “anotadas en su memoria”.

Al parecer, la observación práctica de Landes y la norma moral están bastante próximas y existe un amplio margen de coincidencia. La consideración de ambos listados nos permite apreciar la distancia existente entre esos requisitos y la realidad regional. A nuestro juicio, no cabe duda que parte importante de la crisis política de nuestros países tiene su origen en una crisis de orden moral.

La realidad regional.

Nadie podría objetar el derecho de cada país a buscar la forma de gobierno que pueda o quiera darse, pero sí podríamos enjuiciar sus resultados y, dado que los efectos de sus fracasos se proyectan hacia la región, es un deber evaluar sus efectos sobre nuestra propia seguridad. En este sentido ¿cómo juzgar a los gobiernos corruptos, o que aplican políticas populistas que contradicen frontalmente todo lo que podríamos reconocer como “buen gobierno”?; ¿qué hacer frente a proyectos políticos que previsible y evidentemente llevarán a sus países al caos económico y social?. Estos gobiernos, ¿constituyen en sí mismos una amenaza a la seguridad hemisférica?; ¿representan una amenaza a nuestra propia seguridad?- Este tipo de análisis, es el que todos nos hacemos.

Pero el tema es aún más complicado. El temor a la modernidad es un sentimiento que anida por igual en las minorías educadas que quieren conservar los privilegios heredados del pasado, como en las mayorías ignorantes que no tienen los recursos intelectuales ni tecnológicos para subirse al carro del cambio. Estos buscan refugio en el populismo; y aquellos, en las políticas de statu quo que, siendo fracasos comprobados, por lo menos les resultan conocidas. A la larga, ambas posiciones están convergiendo en un nacionalismo chovinista, donde abundan las agresiones verbales a los vecinos y la promoción de tensiones fronterizas, como fuente de cohesión interna.

Un último elemento crítico en la región es la pérdida del atractivo por la actividad política que, en forma creciente, hace que las personas más dotadas intelectualmente dirijan sus esfuerzos hacia otras áreas, en particular hacia la actividad económica. El servicio público es cada vez menos atractivo. Esta tendencia es particularmente demoledora, ya que en un ambiente globalizado, el destino de la riqueza y la seguridad de las personas puede ser efectivamente separado de los del resto de la sociedad.

La suerte de los individuos, particularmente de los más fuertes y poderosos, ya no está ligada a territorios, pueblos ni sociedades nacionales. El egocentrismo y la primacía de lo individual está siendo potenciado por la movilidad de la globalización, dejando acéfalos a los pueblos; o peor, en manos de personas o grupos que no son los mejores.

Aquí permítaseme una breve digresión. En muchos países de la región, las FF.AA., que por diversas razones aún conservan buena parte de su capacidad para convocar a personas dispuestas a comprometerse con el servicio al Estado, parecen estar siendo crecientemente sub-utilizadas mediante una marginación social disfrazada de “profesionalización”, privando a los gobiernos de valiosos recursos para “construir Estado”. Cuando uno de los problemas políticos graves es, precisamente, la

falta de Estado, parece un contrasentido dismantelar o debilitar instituciones que son parte consubstancial del mismo.

La revalorización de la política³ es una necesidad urgente que pasa por la solución de tres problemas básicos. Primero, perfeccionar los regímenes políticos para avanzar en la transparencia y mecanismos de control, que fomentan la estabilización y ampliación de la democracia. Segundo, desarrollar el Estado de derecho, en sus dos vertientes principales: separación entre lo privado y lo público, particularmente en cuanto a la estricta prohibición del uso de poderes y recursos públicos para fines privados; y que las acciones del Estado se ajusten al principio del estricto apego a los derechos civiles básicos. Y, tercero, la necesidad de aplicar políticas económicas que conduzcan efectivamente a lograr una “prosperidad incluyente”, que supere las visiones extremas que consideren al Estado o al mercado como agentes exclusivos del crecimiento económico.

El problema es que muchos países de la región en vez de avanzar hacia estas condiciones, parecen alejarse de la solución de estos problemas, sumergiéndose en un marasmo de demagogia sin fondo.

La alternancia entre avances y retrocesos se iniciará en cada país a partir de las condiciones, mejores o peores, que haya dejado el gobierno precedente. En ocasiones un nuevo gobierno significará un retroceso y la pérdida de lo logrado; en otros casos representará el reforzamiento del avance en la dirección correcta.

El futuro de la seguridad regional.

Estimamos que la Seguridad regional dependerá de la capacidad de los países para seguir avanzando hacia la modernidad y la globalización; de la transparencia y escrutinio a que puedan ser sometidas las decisiones políticas, mediante una prensa libre, pero también respetuosa de la honra de las personas; de la cooperación y espíritu democrático de la oposición que tenga cada gobierno; de la capacidad del sistema político en su conjunto para proponer políticas eficientes y de liderar a la opinión pública hacia su aceptación y apoyo; de la habilidad que la sociedad en conjunto demuestre a la hora de recibir y adaptarse a los cambios y presiones provenientes del exterior; y por último, de la destreza que tengan los gobiernos para no dejarse arrastrar a conflictos vecinales artificiales y disuadir de aventuras armadas a gobernantes en crisis terminales.

En lo inmediato, en la región probablemente veremos una continuación de lo que ya estamos viendo hoy día. Una combinación sucesiva y aleatoria de buenos y malos gobiernos; de gobiernos que aplicarán las medidas conducentes a “resolver las raíces de los problemas” en que se apoya la “violencia antidemocrática”; y otros que aplicarán políticas ineficientes que agudizarán la crisis. Algunos tendrán la suerte de comenzar su ejercicio a partir de condiciones políticas y sociales promisorias y otros cargarán con las ruinas dejadas por el fracaso del gobierno que las precedió. Las combinaciones serán infinitas y los resultados siempre serán una incógnita hasta que se genere una sinergia de “círculos virtuosos”, que lleven a un número creciente de Estados a la “Seguridad democrática” de los países prósperos y estables.

La distribución geográfica de Estados en proceso de avance y de retroceso, configurarán “regiones de estabilidad” y “regiones de inestabilidad” cambiantes, que según sus propias características generarán “amenazas regionales” relacionadas con la guerrilla, el contrabando de armas, la droga, las migraciones, la propagación de enfermedades, el lavado de dinero, la corrupción estatal, la inseguridad ciudadana, el crimen organizado y combinaciones de ellos.

En cuanto a Estados Unidos de América, como ha sido su norma, apreciará la seguridad de cada país, de cada “región de inestabilidad” y del “hemisferio” en su conjunto, en base a su propia agenda interna e internacional. El problema de la “correcta interpretación” de las realidades de cada país por parte de EE.UU., continuará siendo irrelevante frente a su necesidad de hacer lo necesario para

prolongar su condición de potencia militar hegemónica y de potencia económica en competencia con otros bloques emergentes.

Reflexiones finales en torno a una Política de Seguridad para Chile.

En esta lógica de análisis parece evidente que, en la elaboración de una Política de Seguridad, Chile no debería calificar a ningún país como aliado permanente, así como tampoco tendrá adversarios permanentes. Incluso el término adversario pareciera excesivo: más bien estará afectado por problemas provenientes de malas políticas o políticas inconstantes por parte de otros gobiernos. Estos problemas, que en ocasiones interpretaremos como “amenazas”, serán riesgos mutantes en calidad e intensidad. A veces se potenciarán con los provenientes de terceros países; a veces se reducirán por efecto de mejores condiciones en los Estados próximos al que se encuentre en problemas.

Nuestra Política de Seguridad, la combinación sinérgica de política exterior y política de defensa, sustentada por el marco existente de estabilidad institucional, política, económica y social, deberá ser flexible y ad-hoc, en la cual la única referencia segura serán nuestros intereses, que podemos agrupar en tres tipos:

- Apoyar, potenciar y estimular a los gobiernos amigos para que avancen en la línea que lleva a “resolver los problemas de fondo” y a enfrentar “los problemas de seguridad actuales”.
- Impedir o reducir las interferencias externas a nuestro propio desarrollo y seguridad, interferencias que serán tanto intencionales, como fuera del control de los gobiernos en cuyos Estados se originan.
- Promover, a nivel mundial, la conservación, perfeccionamiento y ampliación de las condiciones políticas globales que permiten y favorecen nuestro desarrollo y respetan nuestra dignidad.

Necesitaremos entonces una conducción diplomática muy dinámica, prospectiva y realista. Chile necesita de un entorno internacional estable y seguro, que permita el libre flujo de personas, bienes y servicios. Así como debemos participar en Operaciones de Paz, también debemos ayudar a los gobiernos que se ayuden a sí mismos, y protegernos de los que no se esfuerzan en la solución de sus males. Debemos promover con discreción las políticas correctas, sin apabullar ni aparecer como arrogantes.

Insistimos en que no debemos esperar alineamientos automáticos de ningún tipo; cada día será un nuevo desafío. Los amigos estarán en cualquier parte y los adversarios de Chile no serán pueblos ni Estados, sino gobiernos que no avanzan hacia la solución de los problemas y carencias que aquejan a sus propios pueblos, y que por efectos de la globalización terminan llegando a nuestras playas.

Creo que uno de los aspectos centrales que deberá enfrentar Chile es la correcta solución de lo que se estima una grave carencia actual, que es la desagregación de los esfuerzos diplomáticos, económicos y militares, concebidos como elementos independientes; o, en el mejor de los casos, como elementos a ser coordinados en la acción pero no en la planificación, y no como lo que son: *un sistema integral de presencia y acción internacional*, en que sus elementos actúan en forma sinérgica y deliberada hacia objetivos comunes, conocidos y cuantificables.

No obstante, tenemos una ventaja importante considerando que las condiciones iniciales de nuestro proceso están claramente a nuestro favor, comparativamente con la situación de otros países de la región. En efecto, el consenso político básico de la sociedad chilena, está dado en torno a las políticas que según Landes llevan a “la riqueza” y no a la “pobreza de las Naciones”. Además, y quizás más importante, en Chile todavía la política convoca a ciudadanos capaces y moralmente rectos. No obstante, estas ventajas no deben ser motivo para la soberbia, menos con los países de la región que constituyen nuestro barrio, del cual no podemos mudarnos, y con cuyos vecinos debemos convivir en armonía.

Por difícil que parezca es importante mantener buenas relaciones con nuestros vecinos. Con mucha razón se dice que “la diplomacia se prueba en lo vecinal”. No obstante, la prioridad regional no

garantiza que desaparezcan nuestras discrepancias, simplemente se trata de evitar que ellas se transformen en crisis o conflictos mayores.

El dinamismo de nuestra economía y de nuestros empresarios hará de la presencia de Chile y sus intereses una realidad cada vez más visible en los países vecinos: debemos asegurarnos que sus intereses sean respetados, que su comportamiento no sea contraproducente y que sus actividades se realicen en paz y armonía con las sociedades locales.

Finalizo diciendo que la Armada de Chile, dentro de su limitada disponibilidad de recursos económicos y humanos, efectúa un gran esfuerzo por avanzar en estos temas. Esfuerzos que con seguridad serían más fructíferos y mejor conocidos, es decir más útiles, si se realizaran dentro de un esquema académico de alcance nacional dedicado a esta importante materia. En este sentido creemos en la diversidad y la confrontación de ideas, pues la estandarización del pensamiento y la concentración burocrática de la actividad intelectual es el camino seguro para su empobrecimiento y dogmatismo.

Por esto, una vez más, agradezco y felicito al Centro de Estudios para el Desarrollo (C.E.D.) por su iniciativa de organizar y coordinar este ciclo de seminarios que, en un ámbito académico privado y restringido, permite abordar con libertad temas tan vitales para Chile, como la Seguridad Hemisférica, en un mundo globalizado.

* * *

* Comandante en Jefe de la Armada. Oficial de Estado Mayor, Ingeniero Naval Electrónico. Master of Arts en Filosofía (The Catholic University of America, Washington DC, USA). Preclaro Colaborador, desde 2003.

Conferencia dictada el 4 de junio pasado en el Centro de Estudios para el Desarrollo (CED), y cuya autoría corresponde al Sr. Comandante en Jefe de la Armada, siendo coautor el Capitán de Navío IM Fernando Thauby García, Oficial de Estado Mayor. Magíster en Ciencias Navales y Marítimas. Director Ejecutivo del Centro de Estudios Estratégicos de la Armada. Magno Colaborador, desde 1999.

1. University of Miami, North – South Center, “*Building Regional Security Cooperation in the Western Hemisphere: Issues and Recommendations*”. October 2003.
2. Landes S. David “*The Wealth and Poverty of Nations*”, W.W. Norton Company, 1999, USA., pag 217 - 218
3. Munck, Gerardo, *La gobernabilidad democrática a comienzos del siglo XXI: Una perspectiva Latinoamericana*. La crisis Política Colombiana, Universidad de los Andes, Colombia. 2003.
